

perstición, con la que estraviados los mortales, envilecidos y desalentados por el terror y las preocupaciones religiosas, no son en todas partes mas que niños sin razón, esclavos pusilánimes, inquietos y malignos; sus opiniones sagradas los hacen altivos, porfiados, turbulentos, sediciosos, intolerantes é inhumanos como sus sacerdotes: estos se sirvieron de todas las astucias que les sugirió el prestigio de intérpretes de la divinidad para mantenerse en la prepotencia en que los había puesto la estupidez de los pueblos.

Cuando los Tracios rehusaban obedecer á su pontífice hacia este construir muchas grandes escalas las unas sobre las otras, y anunciaba al pueblo que iba á subir al cielo á quejarse á la diosa Juno de su desobediencia. El pueblo se prosternaba á su paso para impedirlo y todo entraba otra vez en el órden. Los gefes del sacerdocio cristiano han tenido como los sacerdotes de la antigüedad sus palabras volitivas y sus exsecraciones amenazantes. No limitándose á entregar al coraje celeste las cabezas que habian proscrito, buscaron auxiliares contra ellas en los asesinos y en los elementos (3) En el tiempo que las ciudades fueron sujetas al entredicho, dice Flouvi, se cerraban las iglesias, cesaba el oficio divino, á nadie se permitia afeitarse ni saludarse, y para hacer una impresion mas viva en los ánimos, los clérigos llevaban al medio del campo las cruces, los vasos sagrados y las reliquias de los templos, formaban al rededor una cerca de zarzas y espinas y se marchaban precipitadamente levantadas las manos al cielo como para atraer sus rayos. El pavor y la superstición les hacia volver con igual velocidad y les ofrecia mas de lo que ellos habían pedido. Esta semejanza en las excomuniones de los diferentes pueblos es muy notable y prueba la identidad y el caracter de todos los sacerdotes del globo. (4)

Nada atestigua mejor la ignorancia de un siglo que la superstición grosera que lo aflige; ella es el termómetro del espíritu humano. Mientras mas estúpida y bárbara es una nación, menos necesidad hay en ella de recurrir á medios ingeniosos para dirigirla. No hay, pues, que admirarse si aun nos restan muchas preocupaciones que combatir, y que han sido resultados de los principios arriba establecidos. Gracias á los filósofos, pues por ellos se han abolido prácticas ridículas y ceremonias supersticiosas. No veremos ya como en otros tiempos una *fiesta del asno*, en la que para celebrar la huida á Egipto se montaba en un burro á una jóven hermosa y se la conducia hasta el presbiterio de la iglesia para celebrar la misa, en la que el introito, los kiries, la gloria in excelsis y el credo eran terminados por un rebuzno del celebrante. Se lee en las rúbricas de esta fiesta que al fin de la misa el sacerdote tornándose al pueblo en lugar del *ite missa est*, daba tres rebuznos, y el pueblo otros tantos en vez de responder *Deo gratias*, y que en el tiempo de la misa se cantaba una prosa que comenzaba así:

<i>Orientis partibus</i>	De las partes del oriente
<i>Adventavit asinus,</i>	Ha venido este asno,
<i>Pulcher et fortissimus,</i>	Bello, valeroso
<i>Sarcinis aptissimus.</i>	E infatigable en el trabajo.
<i>Aurum de Arabia</i>	La virtud de este asno
<i>Thus et myrram de Sabá,</i>	Ha traído á la iglesia
<i>Tulit in ecclesia</i>	El oro de la Arabia,
<i>Virtus asinaria.</i>	El incienso y la mirra de Sabá.
&c. &c. &c.	&c. &c. &c.

Se ha suprimido la fiesta de los locos (5), restos

de los regocijos licenciosos y de las bacanales indecentes que estaban en uso entre los paganos. Los cristianos en los tiempos de ignorancia y de superstición habian conservado estas fiestas del paganismo: ellos estaban tan encaprichados en ellas, dice Durange, que la autoridad de los obispos, de los papas y de los concilios tuvieron mucho trabajo en abolirlas. Ya no vemos mas que en los pueblos procesiones de moiganga, mezclados juntos Moisés y Jadas, Elias y Herodes, Baalam y los apóstoles. No se vea entre nosotros aquellos rios de sangre que hicieron correr en Europa las disputas teológicas, (6) ¿Pero vos lisongereis por esto de que estamos libres del fanatismo y la superstición? ¡Qué delirio! La falsa devoción aun está en su vigor en nuestra patria y es sostenida por los mismos que debían desterrarla. Tenemos aun santos con virtudes medicables como las plantas para todas las enfermedades y necesidades de la vida. San Andrés Avelino cura los insultos, Santa Irene cura de la honra, Santo Domingo es bueno para las calenturas y mejor seria para las quemaduras, Santa Apolonia para las muelas y San Gonzalo para las tercianas, aunque va escaseando su virtud porque no se le baila. San Francisco de Paula da en siete semanas maridos buenos á las que los solicitan, y Santa Rita la lotería, Santa Lucia cura los ojos, San Antón por un cabo de vela vuelve las cosas perdidas, San Blas cura la angina auxiliado de las sanguijuelas, y Job unido al mercurio quita el gálico. Palabras escritas sobre oblea y tomadas por la boca, hacen parir á las preñadas, pero jamas á las doncellas, &c. &c. Unas imágenes se nos presentan con gran fausto y ceremonias y otras se desmenuzan arrinconadas envueltas en el polvo. Se ve aun en los templos, en los dias mas santos, mover las imágenes por medio de hilos á la manera de áteres. Tenemos nuestros paseos nocturnos tolerados por la religion y autorizados por la costumbre, en los que se cometen mas crímenes que en todos los dias del año juntos. En esas noches se va á la iglesia en el estado de embriaguez, y mas para verificar citas amorosas que por devoción. Es a causa de los desórdenes de la noche buena, que se decía antes de los hijos bastardos: *estos son hijos de la misa de media noche que buscan á su padre á tiernas*. Se mantienen en su vigor las peregrinaciones o maniatucas romerías con que en medio de la disipacion y de la estupidez espíar los desórdenes de una vida criminal, por los excesos inseparables de la vida vagabunda: en ellas se despoja á los fanáticos del fruto del trabajo de todo un año, á título de limosnas para el culto de las imágenes, no siendo sino para mantener en la profusion y en la ociosidad á una multitud de frailes inútiles que engordan con la sangre de los infelices, &c. &c. &c.

Es cierto que ya no se les paga á los señores clérigos el derecho del masio ó sea el de dormir con nuestras mugeres las tres primeras noches de nuestras bodas; pero para obtener una de ellas, nos cuesta cierta cantidad de pesos (segun la clase) fijada en el arancel de la almoneda de los curas. No conservamos en nuestras casas las cenizas de nuestros difuntos despues de haberlos quemado como los romanos y griegos, ni los guardamos embalsamados como los egipcios de cuyas naciones tomamos muchas ceremonias; pero se nos cobra á los vivos por nuestros muertos o quince ó mas pesos por el pasaporte para mandarlos á podrir en tierra bendita. (7) Somos atacados por las calles y plazas y en nuestras mismas casas